

timientos deben realizarse. Algunos gritan ya, ¡Tierra! y frecuentemente es una nube. Entonces la multitud desespera; pide volver al pasado, á los dominios de la antigua Iglesia. Otros aperciben pájaros viajeros, yerbas marinas y quisieran desviarse á cada uno de estos signos; pero un soplo inexorable hincha las velas del navío que no puede retroceder; el corazón más insignificante que late lo precipita tanto como un golpe de remo; marcha, abre su surco, avanza, Dios le guía al puerto.

CONFERENCIA XII.

LA IGLESIA GALICANA Y LA IGLESIA DEL PORVENIR

La Iglesia derriba á la Iglesia.—Francia católica desconfía del catolicismo.—Política sagrada de Bossuet: la Carta del poder absoluto.—¿Cuál es el signo de un gobierno legítimo y cristiano?—Una Eucaristía social.—Las libertades galicanas y el futuro Concilio; una servidumbre disimulada.—El papado da al siglo diez y ocho la señal de toda negación.—La bula *Unigénitus*.—El Cristianismo negado por la Santa Sede.—La guerra civil en la Iglesia: Bossuet y Fenelon.—Necesidad de otro ideal.—¿Es católica la literatura francesa?—Su comparación con la española.—La filosofía legitimada por la Iglesia.—Falsa pasión del espíritu cristiano en el siglo diez y ocho.

En esa crisis que divide al mundo entre el catolicismo y la reforma, cuando cada uno hace su elección, y se vé á Francia decidirse por la Iglesia de la Edad-media despues de algunas vacilaciones, adherirse á ella con furor en la liga, con reflexión en el siglo diez y siete, se debe temer que este país no se cierre para siempre las puertas del progreso. Encerrándose en el círculo de España y de Italia ¿no se condena inevitable-

mente á la misma decadencia? ¿Cómo presentir que de la noche de San Bartolomé se pueda pasar nunca al despertar de la Constituyente, y que un pueblo tenga el capricho de conservar todas las trabas para romperlas todas á la vez? La imaginacion no puede ir tan léjos. Al ver su encarnizamiento contra las innovaciones del siglo diez y seis, parece evidente que Francia se somete al pasado de la raza latina, que se impone las mismas cadenas que los pueblos del Mediodía, que consiente en continuar siendo una provincia conquistada de la Roma espiritual. Francia sigue á la Galia en su derrota, rehusa emanciparse; el papa conserva sobre ella la mitad de los derechos del César; todo esto parece irrevocable

Además, para que se sepa á lo que se obliga, manteniendo su alianza con la Iglesia de la Edad-media, sucede que el escritor á quien se llama con razon el último de los Padres, Bossuet, se encarga de redactar la constitucion política (1), que es la condicion de este pacto.

Con candor incomparable que sólo pertenece al génio, Bossuet deduce del catolicismo moderno la constitucion ideal del Estado. Seguramente, nunca se ha puesto tanta lógica, buena fé y moderacion en trazar la teoría del poder absolu-

(1) *Política deducida de la Escritura*, por Bossuet. Véase también la *Política de Dios*, por Quevedo, que es uno de los libros más hermosos de la España del siglo diez y siete.

to. La monarquía sin más límite que ella misma, sin cortapisa en la tierra, contenido el Estado en el rey, suprimida en absoluto la autoridad del pueblo, todos los derechos de un lado, todos los deberes de otro encerrados en la obediencia ciega, brotan espontáneamente de la pluma de Bossuet; jamás le asalta el menor escrúpulo al escribir esa sorprendente constitucion de la servidumbre. Se la creería nacida en el pensamiento mismo de Luis XIV.

El Obispo de Meaux da á su príncipe la misma autoridad que Maquiavelo; pero al par que en el publicista florentino se goza al menos con las angustias del tirano, se experimenta una especie de espanto al ver al rey de Bossuet hacerse déspota por escrúpulo de conciencia. Lo usurpa todo, lo absorbe todo para mejor imitar al Dios de la ortodoxia en su política sagrada. Esa línea no interrumpida de monarcas absolutos que Bossuet evoca á nuestra vista, á contar desde los patriarcas y los reyes de Judea, esa tradicion de la esclavitud que hace remontar á los tiempos anteriores al diluvio, no deja ningún resquicio por donde pueda respirarse. No hay en esa serie solucion de continuidad; toda libertad parece heregía, y la servidumbre política que va aglomerándose y consagrándose de siglo en siglo como la misma ortodoxia, ahoga al espíritu mejor que la violencia y el hierro de Maquiavelo.

Porque observad que en esa Carta católica se quita toda esperanza al que pretenda evadirse.

La red envuelve al porvenir lo mismo que al pasado; ningun crimen, ningun perjurio del rey puede emancipar á los súbditos; ninguna obligacion le sujeta; nada ha prometido ni jurado. Todo pasa entre Dios y él; él es sagrado; el pueblo no tiene poder alguno sobre la corona de ese nuevo Cristo. De lo que resulta que toda revolucion es en sí ilegítima é impía. Las representaciones en voz baja, y sino son escuchadas, los suspiros, los gemidos, hasta aquí llega no mas el derecho de los pueblos. Habiendo tenido siempre por principio el catolicismo ver el derecho en donde está el hecho, el espíritu en el signo, el Evangelio en el sacerdote, la legitimidad en el príncipe, turbar el orden de las monarquías equivale para él á turbar el orden interior del mismo Dios.

Es decir, que la Iglesia al retener á Francia en las cadenas espirituales del pasado, la priva por boca de Bossuet de todo mañana político. Eternizar la monarquía de Luis XIV, tal es la última palabra de este profeta; la revolucion avanza, lánzale preventivamente su anatema. Ese gran hombre, cegado por su Iglesia, no quiere ver nada, presentir nada de lo que se prepara; todo su génio no le sirve sino para hacerse desmentir un siglo despues por el rey, por el pueblo y hasta por el mismo papa: pronuncia la oracion fúnebre del porvenir en el momento en que el porvenir se levanta.

Hé aquí, pues, á Francia agarrotada física

y moralmente por el más grande de sus sacerdotes. Es necesario, sin embargo, que ántes de pocos años esas ligaduras tan apretadas se rompan unas despues de otras, que esas tradiciones de muerte conduzcan á la vida de la Constituyente, Luis XIV á Napoleon, la soberanía del rey á la soberanía del pueblo, y que la política de Bossuet sea corregida por otra más sagrada. ¿Cómo podrá realizarse estó? Revolucion espiritual que es preciso seguir ántes de llegar á la revolucion política.

Ante todo, me preguntais en qué signo conozco si un gobierno es verdaderamente cristiano; y respondo que en vano he buscado su distintivo en los escritores eclesiásticos; pero despues de meditar mucho sobre ello, pienso que un soberano es cristiano en el verdadero sentido de la palabra, no si protege á la Iglesia, no si presta el consabido juramento de *exterminar á los hereges*; sino si, á imitacion de Jesucristo, dá su espíritu y su alma en pasto á su pueblo. (1) Un gobierno legitimo y cristiano es una especie de Eucaristía social, en la que el soberano nutre á un país, á una nacion, de su propia sustancia moral. Si el jefe de un Estado se nutre de su pueblo y lo devora, hace lo contrario de lo que previene Cristo; cualesquiera que sean las apariencias, su política es la opuesta á la del Dios de los modernos.

(1) Véase Quevedo, *Política de Dios*.

Juzgad con arreglo á este principio la accion de los príncipes y de los pueblos en la política universal, muchas cosas se os presentarán con claridad inesperada. Los gobiernos de Felipe II, de Luis XIV en sus postrimerias, de Luis XV, aunque apoyados en la Iglesia y en los confesores, absorbiendo toda la sustancia de sus súbditos, partiéndolos como se parte el pan, eran monarquías anti-cristianas. Por el contrario, el pueblo francés sublevado en un momento de furor contra la iglesia visible, pero distribuyéndose, por decirlo así, á toda la tierra y diciendo á los demás pueblos al difundir su espíritu, este es mi cuerpo, esta es mi sangre; era más cristiano, en medio de su blasfemia, que aquello que derribaba.

Durante dos siglos se han desgarrado la Europa del Norte y la Meridional por la cuestion de la Eucaristía y de la presencia real de Dios. El católico no pudo forzar al calvinista á creer que Dios estaba encarnado en una hostia; el calvinista no consiguió que el católico creyera que el misterio de vida se reduce á la conmemoracion de una escena histórica ocurrida hace diez y ocho siglos. La Tierra se obstina en repetir á unos que Dios sustenta hoy á las almas como las sustentaba ántes en la cena de Emaús; á otros, que no está adherido á un objeto con independencia del Espíritu. El mundo comienza á entrever que no comulga con el cielo solamente por medio de la hostia ó de los vasos sagrados. Un pensamiento de

lo alto que fortalece vuestro corazon como el vino, una palabra interior que le alimenta como el pan ¿no son tambien una hostia sin mancha? El entusiasmo desinteresado por la causa del universo ¿no es también el sustento de los ángeles? Por mi parte, estimo que toda la Francia comulgó el día del Juramento del Juego de Pelota. ¿Y quién me asegurará que los continentes que ya se aproximan, no comulgarán al fin, á la misma hora, en otro juramento repetido por todos los miembros de la Asamblea del género humano?

Desde este punto de vista es fácil demostrar la mision del siglo diez y ocho, y por que manera destruyendo la vieja sociedad todos los dias uno de sus principios, no deja al fin sino un cadáver que la revolucion pulverizará á su vez. Una sola cosa limitaba la monarquía de Luis XIV: era la autoridad de la Iglesia que pesaba sobre el rey. Esa sombra lejana se le hace insoportable; el semi-Dios de Versalles no puede tolerar el verse cohibido por el semi-Dios del Vaticano. El clero de Francia emancipa á la monarquía de ese resto de dependencia espiritual con la declaracion de 1682. El Estado político se desliga por completo del Estado religioso; rómpese el nudo gordiano; el trono se separa del altar, estimándose bastante poderoso para no apoyarse sino en sí mismo.

Todo el mundo cree entónces en Versalles que la monarquía absoluta, libre de la sujecion

de Roma, no tiene nada que temer; y por el contrario, se halla que esa pretendida emancipacion es la ruina de la monarquía limitada. Las libertades de la Iglesia galicana proclamadas en beneficio de Luis XIV, constituyen, en el fondo, el primer acto de la Revolucion Francesa. ¿Porqué? Voy á decirlo, y es extraño que no se haya hecho aun esta observacion.

La monarquía absoluta de Luis XIV tenia por condicion la monarquía absoluta del catolicismo romano. Ambas eran inseparables. Querier emanciparse de Roma, era en realidad para Luis XIV y sus sucesores despojarse de su principio y prescindir de su fundamento. Si soy creyente, debo someterme al poder absoluto; pero á condicion de que se me demuestre que ese poder es una consecuencia de mi creencia, de que no puedo discutir el primero sin quebrantar la segunda. Esa monarquía envuelta en los misterios del catolicismo, se convierte al cabo en un artículo de fe: me veo acosado por todas partes, y me arrodillo ante una autoridad que cubre al rey con el sacerdote, al sacerdote con el rey.

Pero si esa monarquía, permaneciendo absoluta, no quiere ser limitada por su principio, si pone su empeño en separarse del santuario, en descender á la plaza pública, en no apoyarse sino en sí misma, entónces su orgullo la pierde; porque la sorprende en su

aislamiento y en su desnudez. Todo ese fausto no me impide ver el vacio que se ha hecho bajo su planta. Para ser dueña más absoluta, ha rechazado la autoridad que la sostenía; no le queda más recurso que caer. Conservar la forma absoluta de la monarquía de España y prescindir de su sancion, es imposible. Destruyendo el lazo que le sugetaba al catolicismo romano, Luis XIV destruía el principio mismo de su autoridad; creía subir al trono de Carlo-Magno, cuando en realidad empezaba á bajar la escala de Luis XVI. Esa separacion de lo espiritual y temporal que constituye el fondo de la Iglesia galicana, encierra en sí un singular preságio. Cada pueblo sigue con confianza el ideal de su creencia; España se identifica con el catolicismo, Inglaterra con el protestantismo; sólo Francia declara en diferentes ocasiones que separa sus destinos del destino de su Iglesia. Francia consiente en no cambiar de religion, pero toma preventivamente la precaucion de no someter su fortuna á la del catolicismo; no tolera otro culto, pero se niega á aceptar el suyo como ideal de su vida política.

¡Qué reserva tan extraña! ó más bien, ¡que precoz desconfianza en lo que se llama libertades de la Iglesia galicana! En el instante mismo en que su fé es más viva, Francia no dá al catolicismo sino la mitad de sí misma, como si presintiese ya que esa creencia no es en la que debe detenerse. La Iglesia de un lado, la

Francia de otro; si la primera languidece, no así la segunda, que se conserva en medio del pasado, reservándose el derecho de no oír. Extraña convencion, llena de sospechas, y que por sí sola explica cómo nuestro país sin entregarse al protestantismo, ha podido escapar á lo que Saint-Simon llamaba el *cáncer roedor de Roma*. Los Estados del Mediodia no han experimentado ni un instante de duda; se han embarcado en el bajel del catolicismo para sobrenadar ó perecer con él. Se han confiado á él, sin limitacion, ingénuamente, sin curarse del desenlace, y hélos hoy efectivamente que sucumben sin saber de que modo regenerarse.

Si las libertades galicanas han permitido no comprometerlo todo, cielo y tierra, creencias, pátria, en una sola jugada, ved por otro lado las contradicciones en que han lanzado á la Iglesia; las observareis fácilmente. ¿En qué descansan esas libertades? Consisten en último termino en apelar del papa al *futuro concilio*; pero dónde está esa Asamblea que debe restablecer todos los derechos del espíritu? ¿Quién ha oído hablar de ella? Hace tres siglos que el cristianismo la espera; ¿no se teme, en verdad, que la paciencia falte, que el derecho sucumba, y que entretanto Cristo muera nuevamente de sed sobre la cruz.

Repítese aún en nuestros dias que la Iglesia galicana es libre, porque no admite otro soberano que el poder de las Asambleas ecuménicas.

¿Qué diriais de un Estado que se creyera independiente, porque interiormente llevase con paciencia su servidumbre, recreándose en el fantasma de una pretendida Asamblea constitucional, que nunca se realizaría, que nadie pensaría en convocar y que todos temieran igualmente? Si los siglos trascurrieran y ese mismo pueblo siguiera en la esclavitud, aplazando el mañana, proclamándose libre porque se satisfacía con esa añagaza de deliberacion futura, no haciendo nada para provocar su cumplimiento; si su vida se consumiese de ese modo, engañándose complacientemente á sí mismo, ¿no sería una ilusion insoportable, puesto que daría á los siervos la infatuacion de hombres libres? Ahora bien, en esta condicion doblemente ficticia, estriba la Iglesia galicana, ó más bien, es ese engaño lo que la ha conducido á la nada profunda en que hoy la veis y de que es imposible levantarla.

El ultramontanismo es todavía un sistema; el galicanismo es sólo una quimera, porque el mundo desengañado, fatigado de esperar la reunion de esa Asamblea que se aplaza para la consumacion de los siglos, ha convocado por sí mismo la Constituyente, la Legislativa, la Convencion. ¿Era este el futuro concilio de la Iglesia galicana? A ella le toca responder. Mas que al ménos se nos diga cuantos siglos es necesario esperar aún.

Para acabar, añadiré que ese sueño, decapitando al papado, lo reemplaza con otra servidum-

bre. Aún cuando esa ilusión de futuro sínodo se cumpliera para nuestros descendientes, la servidumbre variaría exclusivamente de forma, puesto que en esas pretendidas libertades sólo se olvida una cosa, el derecho sagrado del individuo, la autoridad inviolable en adelante de la conciencia privada, el Dios interior oculto en cada uno de nosotros.

Convocad hoy á los obispos y arzobispos de toda la tierra, y que esa asamblea pretenda [decidir como dueña absoluta del mundo interior; su tiranía me parecerá tan insoportable como la del obispo de Roma. ¿Quién podría abdicar hoy de su pensamiento, de su derecho moral, de la evidencia interior, ante una reunion del clero, por numerosa que fuese? En la nueva constitucion del espíritu, cada uno debe representarse á sí mismo; no hay diputados ni mandatos; nadie puede ceder á otro el derecho de votar en lugar suyo en las cuestiones eternas,

El catolicismo sabe muy bien que el Concilio se ha cerrado para siempre, que no debe abrirse nuevamente, que si fuera necesario llamar á su barra á los Juan Huss, á los Jerónimos de Praga, á los Luteros, á todos los disidentes de nuestra época, se expondría á tener que juzgar al mundo entero. Ha perdido la mayoría en la tierra ¿y se quiere que someta su destino al antiguo voto por naciones? ¿Cómo exijírselo? Dictadura por dictadura, la más lógica prevalece siempre por la fuerza de las cosas. La ortodoxia católica debe

confundirse cada vez más con el ultramontanismo; esta es su tendencia y su necesidad: la gran ventaja que descubro en ello, es que entre la Iglesia de la Edad-media y el espíritu viviente no habrá en adelante falsos mediadores. La extincion de las libertades galicanas que acabo de desenmascarar, despeja la situacion del mundo. En adelante, el pasado y el porvenir están frente á frente, sin que nadie pueda engañarse ni acerca del uno ni respecto del otro.

Si se desea ver como estaba condenada la vieja sociedad francesa mucho tiempo ántes de que la revolucion sobreviniese, basta considerar el primer monumento de la Santa Sede en el siglo diez y ocho: apercíbese en él que la vieja sociedad está herida en la cabeza, que el vértigo se apodera del papado.

En efecto, vé por primera vez el peligro que le rodea. El jansenismo, impulsado por el camino de los reformadores, tendia como ellos á disminuir la autoridad de los sacerdotes, abandonándose á Dios: el riesgo era real para la antigua Iglesia; apesar de los juramentos de obediencia, nadie podia decir, entrando en ese camino, donde se detendria. *Port-Royal* arruinado, se reedificaba en las almas. La misma humildad de Lutero y de Calvino, presagio de la revolucion, reaparecía bajo otra forma en la Iglesia católica. Se sentía la amenaza del fantasma de la reforma hasta en el santuario. ¿Qué acontece entónces? La cosa más extraordinaria del mundo, en la que no

me canso de pensar. El papa, á fin de inutilizar las armas espirituales que sus adversarios pedian á las Santas Escrituras, imaginó borrar de una vez y de un modo solemne el espíritu y la letra del Evangelio. Me explicaré. La Santa Sede publica en 1712 su bula Unigenitus, monumento increíble en la historia del cristianismo. Apodérase un verdadero estupor de los creyentes más fervorosos: Francia se ve desgarrada durante medio siglo; y por mi parte, declaro que, leyendo y releendo dicha bula, participo del estupor de aquellas generaciones; no puedo creer á mis ojos.

El papado niega en un día todo lo que ha afirmado en diez y ocho siglos, excepto su poder; negacion universal que pega á la frente del siglo diez y ocho que acaba de nacer. Esos increíbles anatemas hablaran por sí mismos.

Anatema á esta maxima: *Dios no está, la religion no está donde no está la caridad.* (1) De donde resulta que Dios, la religion y la caridad van cada cada uno por su lado.

Anatema á esta otra: *No hay buena obra sin el amor de Dios.* (2) De donde resulta que despues de prescindir de la caridad para con los hombres, puede prescindirse del amor hácia Dios. Despues de esto ¿qué queda? El Papa.

Maldicion sobre estas palabras: *la fé justi-*

(1) Nec Deus est, nec religio ubi non est caritas.

(2) Ut nullum peccatum est sine amore nostri, ita nullum est opus bonum sine amore Dei.

fica cuando obra, pero no obra sino por la caridad. (1) Esto reza con San Pablo, la excomunion cae sobre el apóstol desde lo más alto del Vaticano.

Condenacion y maldicion sobre estas palabras: *Se separan del pueblo de los elegidos, cuya figura fué el pueblo judío y la cabeza es Jesucristo, los que no viven segun el Evangelio ó no creen en el Evangelio.* (2) De donde se sigue que para pertenecer al pueblo de los elegidos no hay necesidad ni de vivir segun el Evangelio, ni de creer en él. ¿Qué mas dice Voltaire?

Anatema, condenacion, maldicion, sobre estas: *nada más vasto que la Iglesia de Dios, porque la componen todos los elejidos y justos de todos los siglos.* (3) Lo que quiere decir

(1) Fide justificat, cuando operatur; sed ipsa non operatur, nisi per caritatem.

(2) Separatur quis á populo electo, cujus figura fuit populus judaicus, et caput es Jesus Christus, tamen vivendum secundum Evangelium, quam non credendo Evangelio.

(3) Nihil spatiosus Ecclesia Dei, quia omne selecti, et justii omnium sæculorum illam componunt.

El anatema alcanza tambien á esta máxima: *el día del domingo debe ser santificado con lecturas de piedad y sobre todo de las Santas Escrituras: es pecaminoso querer apartar al cristiano de estas lecturas.* Hombre de buena fé que lees este anatema, dime lo que quieres que yo piense de él

que la Iglesia, tal como la entiende Roma, no es lo más vasto que hay. Esta opinion es tambien la nuestra, y el papado, negándose á sí mismo, concluye aquí, como los Césares, por un pomposo suicidio.

Para mayor seguridad, se condenan, anatematizan atropelladamente, á la ventura, como otras tantas blasfemias, los textos más brillantes de San Pablo, á veces las mismas palabras de Jesus, las máximas de los santos, de los mártires, de los Padres, es decir, todo, la tradicion y el Evangelio. Esa dictadura debia llegar hasta aquí y cegarse en su propio fulgor. Era imposible que el poder absoluto no concluyese en lo espiritual por un dia de vértigo. Los extravíos sensuales del papado, al salir de la Edad-media, precedieron al protestantismo; era preciso que un estravío más profundo, el del espíritu, anunciase una reforma más vasta. A decir verdad, el papa, en la bula *Unigénitus*, para desembarazarse de las heregías, no solo hiere al cristianismo, sino á la idea misma de la religion y de Dios. Y notad bien el ensañamiento de los antiguos poderes en aniquilarse por sus propias manos. La monarquía de Luis XIV, queriendo excederse, destruye su principio; solo queda el rey. El papa, para no tener rival, borra el Evangelio, solo queda el Sacerdote. Es decir, que á un lado veis un rey sin pueblo, al otro un sacerdote sin Evangelio, y en ámbos un Estado sin ideal, un catolicismo sin cristianismo, un

mundo sin fundamento. ¿Os pasmareis ya de que este se hunda ántes de que se le combata?

No se diga que los filósofos han quebrantado la fé. Esta iniciativa pertenece á una autoridad muy anterior á la suya. El siglo diez y ocho comienza con más solemnidad que se nos refiere. En sus primeros años, un papa, desde lo alto del Vaticano, en nombre de la vieja Iglesia, en toda la magestad de su autoridad infalible, lanza el Evangelio al abismo. Para no dejar á sus adversarios otro refugio que él mismo, pone á Cristo en entredicho. Hé aquí el primer acto del siglo diez y ocho.

Esta bula es el signo de una era nueva, y pertenecía de derecho al antiguo soberano espiritual la gloria que pudiera llevar consigo el dar ántes que nadie la señal del trastorno del antiguo mundo social y religioso. Ni Voltaire ni Rousseau tenian autoridad suficiente para ir los primeros. Antes que el mundo ensayase nada nuevo, era preciso que el sacerdote entregara á su mismo Dios, que cerrará el antiguo libro, y que saliera de los lábios mismos de la Iglesia la confesion de que *todo estaba consumado*.

Ahora nada de esto falta á ese decreto del papado que es el último, cuyo murmullo se ha dejado sentir en toda la tierra. En medio de las fiestas de la Regencia, ese eco resuena como los golpes del martillo del sacerdote en los clavos de la cruz. Señal para la tierra detemblar, para

el antiguo velo de desgarrarse! Maldiciendo, anatematizando los fundamentos místicos de la vieja sociedad francesa, el papa legitimaba anticipadamente los esfuerzos que el mundo iba á hacer por establecer otros sobre la base de la pura razon. Jamás la lógica divina, cuyas consecuencias hemos seguido desde el advenimiento de Cristo, se ha ostentado con más fuerza que en estos momentos. El papa derriba la Iglesia del Espíritu; la Revolucion Francesa á su advenimiento sólo tiene que derribar una Iglesia de piedra.

Es verdad que esas ruinas poseen aun dos hombres, Bossuet y Fenelon: por desgracia, ámbos pasan su vida disputando entre sí para saber donde está la ortodoxia. La palabra del uno desautoriza la del otro, y su teología se niega reciprocamente, en vez de fortalecerse y confirmarse, como acontecia á los primeros. Padres de la Iglesia. Bossuet condena á Fenelon, que á su vez condena á Saint-Cyran. Los santos se anatematizan y acusan mutuamente como en todas las grandes causas políticas. Jesuitismo contra Jansenismo, Iglesia romana contra Iglesia galicana: la guerra civil estalla en el Santo de los santos. La vieja Iglesia se hunde; y para que la ironía celeste se muestre en esta obra, el papado quiere dar á la Iglesia francesa del siglo diez y ocho un gefe digno de ella; y tanto trabaja que descubre en el fondo de la sociedad, en no sé que orgía de la Regencia, al

hombre más notoriamente vicioso, más universalmente deshonrado de la época, al abate Dubois, haciendo de él su cardenal. Cubre las espaldas de aquel apóstol de las plazuelas con la púrpura, símbolo de la sangre de los mártires: el piadoso Masillon necesita solemnizar esta parodia de la antigüedad cristiana. ¡Venid, pues, apresuraos santas cóleras del cielo! Angeles y Arcángeles, que curais las llagas por el fuego, si no sois una ilusion del justo, descended de vuestras nubes! La Iglesia misma invoca su castigo: impeled delante de vosotros, precipitad como un carro de guerra la revolucion que se aproxima con el fin del siglo. Traed si es preciso, el cáliz de los dias crueles: los santos lo aceptarán para purificarse de pecados tan atroces. Semiseparada de su Iglesia, Francia debió buscar pronto otro ideal en las letras y la filosofía. De esta situacion nació el carácter eminentemente social de la dominacion literaria de los siglos diez y siete y diez y ocho. Esa universalidad de nuestros escritores que se explica generalmente por consideraciones deducidas del génio particular de la época de Luis XIV, obedece á causas más profundas. Anteriormente habia habido grandes poetas en Francia, ninguno de ellos pudo ganarse fácilmente la admiracion del resto del mundo; por el contrario, una fábula de La Fontaine, una comedia de Moliere, el *Telémaco* de Fenelon, el *Cinna* de Corneille son adoptados al mismo tiempo en Madrid, en Londres, en Pe-

tersburgo, en Berlin, como obras de compatriotas. ¿Sabéis á qué se debe este prodigio? Procede de que la literatura de Francia ha permanecido, como el mismo Estado, independiente de su Iglesia, (1) de suerte que no está encerrada en el ideal de ninguna secta, católica ni protestante; pertenece á un ideal más universal, y esta es la causa de que haya sido admitida por pueblos de comuniones diferentes.

Después de las largas guerras religiosas fué para el mundo un día de fiesta la aparición de todas esas obras del siglo diez y siete, por las cuales podían los pueblos comulgar en un ideal más grande que el que los había dividido. El protestante de Alemania, el ultramontano de España, el cismático griego de Rusia, sentíanse reconciliados entre sí por mediadores que dominaban las antiguas querellas. En una palabra, la literatura francesa abandonando el espíritu de secta, deja de ser católica para ser universal. Cuando Fenelon, sin pensar en Roma, escribe el *Telémaco*, pertenece al mundo; cuando escribe inspirado por la Iglesia es el orador de un partido. ¿Necesitamos dar nuevas pruebas de este hecho? Desde hace tres siglos la literatura ortodoxa por excelencia, la que ha sido escrita bajo la vigilancia directa de la Iglesia es la española:

(1) Tan cierto es esto que el legislador de esa literatura, Boileau, creía que el catolicismo era inconciliable con la poesía.

ha carecido siempre de universalidad. Las obras dramáticas de Lope, de Calderon, están vaciadas en el molde exclusivo del génio católico. Es imposible adaptarse mas á él. Poesía, inspiración, nada falta á estas obras; y sin embargo ¿quién las conoce en Europa? Todos los esfuerzos que se hacen para difundirlas son inútiles. El sello de la ortodoxia les dá un carácter exótico en medio del espíritu europeo; siéntese en ellas el alma de una gran secta, no el alma viviente del género humano. El catolicismo trasladado así con todos sus rencores y sus límites á la poesía de los autos sacramentales, parece un cisma en el arte moderno.

Solo el hecho de que la Iglesia ha destruido á la Iglesia, cambia todo el aspecto del siglo diez y ocho. En primer lugar, viendo á la sociedad precipitada desde lo más alto, se comprende la inexplicable impetuosidad de su caída. En segundo lugar, aparecen á luz clara y viva la fácil victoria de la filosofía y la actitud pasiva del clero. Voltaire, Rosseau, Montesquieu, Diderot entran con la cabeza alta en una plaza desalojada de antemano, no tienen necesidad de combatir; avanzan sobre cenizas. Todo lo que se toman el trabajo de tocar se desploma por sí mismo. Hé aquí la razón de que se lleve á cabo la destrucción más terrible sin que se oiga ni un grito de dolor. Al ver la poca piedad de los vencedores, sentís que no hieren sino á muertos; los golpes mismos son frecuentemente ligeros como dirigidos contra

sombras. A la bula *Unigénitus* se contesta con las *Cartas persas*. Apodérase de este siglo ardiente alegría al ver cuán fácil es su victoria.

Por otra parte, el clero que se ha despojado del Evangelio, no sabe en donde guarecerse; cede en todas partes sin defensa. Apenas se contesta oscuramente en algunas cuestiones de erudición á Voltaire; pero por los demás, ni inspiración, ni lágrimas, ni entrañas. Cuando en medio de risas y burlas le ofrecen de todos lados á su Iglesia hiel y vinagre, parece que debieran exhalar de nuevo los gritos del Gólgota: *Padre mío, ¿porqué me abandonas?* Mas no se escapa entonces á la conciencia del mundo cristiano ningún ¡ay! de angustia profunda. No claman las piedras de las catedrales; los ojos permanecen secos. No veo ni mujeres llorando, ni discípulos atónitos al pié de la cruz del siglo diez y ocho. ¿Porqué? ¿No lo adivináis?

Es que la pretendida pasión del espíritu cristiano en el siglo diez y ocho es un simulacro de pasión. La Iglesia había despojado á la cruz de su espíritu, y nadie se apasiona ni llora en la tierra por un pedazo de madera muerta. El clero quiso sustituirse en las tinieblas al Dios del Evangelio; creyó por un momento que el mundo sería víctima de esta farsa; sentóse en un Gólgota de plata y oro; tendió sus dos brazos al placer, á la avaricia, y por esta imitación, y después de haber tirado el Evan-

gelio, estimó que la tierra le tomaría por el *Crucificado*.

Pero no fué así, vino la luz con el día; todo el mundo sorprendió el fraude; todo el siglo diez y ocho, pueblo y nobleza, escritores y artesanos, se pasó entre burlas y sarcasmos al pié de aquella parodia de Cristo, diciendo de mil manera al sacerdote que quería sustituirse á Dios; «yo te saludo, rey de los judíos,» y el sacerdote sobrecogido no tuvo ni un suspiro para quejarse de que la usurpación hubiera sido descubierta. Se calló. La tierra lejos de hendirse se estremeció de alegría, porque en el momento en que se representaba esta fingida pasión, el espíritu de Cristo viviente estaba en otra parte; la máscara desaparecía, la verdad quedaba.

En medio de estas ruinas, el hombre mostraba (1) radiante alegría, sentía en el fondo del corazón que Dios permanecería con él para rehacer el mundo.

(1) Véase el *Ultramontanismo*, sobre la filosofía del siglo diez y ocho, pág. 171.